

DESAFÍO PROFÉTICO Y SOLIDARIDAD: EL MONJE, LA IGLESIA Y EL MUNDO

Durante su visita a Brasil en 1990, el Papa Juan Pablo II en su discurso en Favela Vidigal, un barrio bajo de Río de Janeiro, dijo:

Aquellos que tienen en abundancia, deberían evitar el cerrarse sobre sí mismos en el apego a sus riquezas, en una especie de ceguera espiritual ... recuerden que deben dar mucho, que hay mucho para dar. Y deberían considerar cómo dar, cómo organizar la vida socio-económica en cada uno de sus sectores, de modo que esta vida tienda a la igualdad entre las personas y no a un abismo entre ellas.

Antes de abandonar el barrio, el Papa entregó al pastor de la parroquia local el anillo de oró que usaba desde su elección como Pontífice.

Más tarde, en su encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, el Papa Juan Pablo II, hablaba de la virtud de la solidaridad como una respuesta moral y social a la interdependencia entre personas y naciones.

No es un sentimiento de vaga compasión o de dolor superficial frente a la desgracia de tanta gente, lejana y cercana. Al contrario, es una determinación firme y perseverante de entregarse al bien común; es decir, al bien de cada individuo, porque todos somos realmente responsables de todo (n°38).

Citó el lema del Papa Pío XII, *opus iustitiae pax*, y dijo que en la actualidad se lo podría modificar diciendo *opus solidaritatis pax*; la paz es fruto de la solidaridad. En la solidaridad invitamos a todos "a compartir con nosotros el banquete de la vida al que todos somos igualmente invitados por Dios", excluyendo así el fruto de la guerra, la explotación, la opresión y la aniquilación de los hijos de Dios (n°39).

* D. Jerome Kodell es abad de New Subiaco, de la Congregación Helveto-Americana, desde 1989.

En estas palabras el Papa actual resumía una visión y un programa para la Iglesia y el mundo, visión y programa que ha enunciado en varias ocasiones, especialmente en sus visitas a los países del Tercer Mundo. Los seguidores de la Regla de San Benito percibirán la resonancia entre la visión del Papa y las enseñanzas de la Regla. Las palabras no son exactamente las mismas pero en ambas reconocemos los mismos valores. Compartir los recursos recuerda la comunión de bienes dentro de la comunidad y con los pobres. El llamado a la igualdad se refleja en la organización de San Benito que respeta el valor único de cada individuo. Y la paz que menciona no es un superficial cese de hostilidades, sino la profunda realidad evocada por el término benedictino "pax". "Solidaridad" es una nueva palabra para designar una antigua virtud a la que nos urgen las Escrituras hebreas y cristianas, y que la Regla nos enseña en la hospitalidad que debemos mostrar para con los extranjeros y especialmente los pobres, en quienes Cristo es recibido de un modo particular (RB 53,15).

Sin embargo el mundo en su conjunto presenta un vívido contraste con el programa de San Benito y con la visión de la sociedad del Papa Juan Pablo II. Hay una notoria desigualdad reforzada por sistemas de castas, desigualdades económicas e injusticias sociales. Una filosofía de autonomía individual ha llegado a menudo a extremos y ha minado el sentido de pertenencia a la comunidad humana y la conciencia de responsabilidad por el bien común. Los pobres, en lugar de ver aliviada su situación, se ven explotados y oprimidos. A los discapacitados se los hace sentir como intrusos en la sociedad, inútiles y desechables. Los ricos organizan guerras y los pobres las pelean.

En muchas partes del mundo las poblaciones nativas siguen siendo explotadas y desplazadas desde que fueron "descubiertas" por países más desarrollados: los negros de Sudáfrica, los aborígenes de Australia, los nativos americanos de los Estados Unidos, los incas y mayas de América Latina.

Las esclavizantes condiciones de trabajo de la revolución industrial han sido corregidas en gran parte, pero la actual era tecnológica esclaviza a la clase trabajadora de otro modo: diez y doce horas por día, a veces seis o siete días por semana ponen en peligro la salud del trabajador y el bienestar de las familias. La vida humana es sacrificada en el altar de la ganancia corporativa. Las empresas multinacionales emplean a las poblaciones del Ter-

cér Mundo por salários que apenas alcanzan para vivir; y mientras tanto arrasan la tierra y despojan de sus riquezas naturales al país que las recibe.

El modo en que los países pobres tratan a su gente no siempre presenta un cuadro mejor. Los que tienen poder político, militar o material subyugan a sus conciudadanos con un trato injusto y degradante. La influencia corruptora de los países más ricos socava los valores tradicionales de las poblaciones nativas.

La actitud del Papa Juan Pablo al entregar su anillo fue una expresión profética de su solidaridad para con los pobres. El anillo no era sólo un adorno valioso; tenía un significado especial debido a la ocasión que recordaba: su respuesta a la llamada divina que cambió todo en su vida: La solidaridad a la que está llamada la Iglesia de Cristo no implica sólo una donación de dinero, bienes y servicios, sino el compartir personalmente la vida. El desafío también está dirigido a los monjes que, aunque a menudo escondidos en el corazón del mundo, están vitalmente comprometidos en las luchas humanas y preocupados por el destino del hombre. De hecho, su misma vida de "testimonio silencioso" es un desafío tanto para la Iglesia como para el mundo (Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n.º 69). A continuación describiré cuatro áreas significativas en las que el monacato, desde el corazón de la Iglesia y del mundo, vive en solidaridad profética.

1. *Dignidad humana.* La Regla de Benito insta al respeto por cada miembro y crea las estructuras comunitarias que lo aseguran, comenzando por el orden según la fecha de entrada al monasterio, lo que proclama la igualdad de cada miembro con respecto a los demás (RB 63,1). Cuando los hermanos son llamados a consejo, hasta el menor es escuchado (3,3). Ancianos y jóvenes deben testimoniarse señales de respeto (63,10-17).

La comunidad no es una colección de individuos, sino un cuerpo (61,6), un rebaño (2,32), la casa de Dios (31,19). El abad debe preocuparse por los monjes como un padre, un pastor, un médico sabio. Debe ser consciente de que cada monje tiene un don personal recibido de Dios (40,1). El abad debe instruir al mayordomo para que dé una buena palabra si no puede dar lo que le han pedido (31,13) "para que nadie se perturbe ni se contriste en la casa de Dios" (31,19). Se dedican capítulos al cuidado que el abad debe tener con los excomulgados (27), los enfermos (36), los ancianos y los niños (37). El principio rector de todas estas disposiciones

es que Cristo está en el corazón de la comunidad, presente en el abad y en todos los miembros.

El principio de la dignidad humana ha sido fuertemente acentuado en la Iglesia desde la *Rerum Novarum*. La dignidad humana es inherente a la idea bíblica de una justicia que brota del significado de la alianza que Dios hizo con su pueblo; todo en la vida debe ser comprendido en función de relación: relación con Dios y relación de unos con otros.

Esto contrasta considerablemente con el individualismo desenfrenado que conlleva la indiferencia frente a las necesidades de los demás y la preocupación por los bienes del mundo en función de los deseos y comodidades personales, sin tener en cuenta el bien común. El Deuteronomio expresa el ideal de una sociedad regida por principios de alianza, donde no habrá más pobres en el país (15,4). Esta óptima condición será el resultado del compartir las bendiciones del Señor. Pero algunos versículos más adelante un escriba de una generación posterior admite la realidad: "Nunca dejará de haber pobres en el país" (v.11); no a causa de una escasez real, sino porque la desobediencia a la voluntad divina y el egoísmo desenfrenado crean la pobreza.

Por sobre todo, la conciencia de alianza despierta la preocupación por los miembros más vulnerables de la sociedad: viudas, huérfanos, extranjeros y pobres. Las virtudes de la alianza son "amor" y "verdad" (Éx 34,7) que, en su frecuente combinación en las Escrituras hebreas, describen a Dios como "fidelidad amorosa" o "amor fiel", cualidades que entre las personas aseguran precisamente la armonía y la actitud de compartir que se interesa por todos.

Los monjes proclamarán la dignidad humana y los valores del individuo en primer lugar viviendo la vida monástica de la Regla. En un tiempo en el que numerosas comunidades están experimentando una merma de nuevas vocaciones y un alza de la edad promedio, aparecen nuevos desafíos en este aspecto. Por un lado los miembros ya profesos sobrellevan cada vez más las responsabilidades de la comunidad; y en lugar de una distensión gradual a medida que pasan los años, su fatiga y agotamiento pueden ir en aumento. Es más difícil, pero tal vez más importante que antes, cuidar la evolución de los monjes y promover la salud integral de los miembros, disponiendo un correcto equilibrio entre oración, tra-

bajo y descanso. Esto puede exigir el retiro o la reducción de algunas de las actividades que el monje realiza.

Por otro lado la misma presión puede suscitar la tentación de ser menos selectivos en la aceptación de los candidatos. Aunque la gracia de la vocación divina puede intervenir para trastocar criterios y convencionalismos humanos, tomar la costumbre de incorporar candidatos que por su salud, experiencia o temperamento no son aptos para la vida monástica sería una injusticia para con la persona, la comunidad y la Iglesia. Este es un tema muy delicado pero que debe ser enfrentado con honradez, para promover una continuidad sana a través de un tiempo de transición en la vida religiosa de la Iglesia. Una tradición de aprecio por la dignidad única de cada persona es fuente de vitalidad en ese dilema.

La aceptación y la consideración frente a todos los que visitan el monasterio como si fueran Cristo mismo, el sello de la hospitalidad monástica, son siempre un testimonio profético. Se respeta el valor de cada uno independientemente de sus habilidades y antecedentes, nacionalidad o nivel social. Uno de los instrumentos de las buenas obras es *paupere recreare* (4,14), es decir, refrescar, renovar a los pobres para que tengan nueva esperanza y nueva energía. Además de esto los monjes deben tener especial cuidado de reconocer y realzar la dignidad de sus empleados laicos, asegurándose de que tengan adecuadas condiciones de trabajo, tiempo libre, beneficios adecuados y un salario para vivir.

2. *La dimensión más profunda.* En muchas sociedades, particularmente en las tecnológicamente avanzadas, el medio humano está penetrado por un espíritu de materialismo que contribuye a una visión utilitarista y unilateral del ser humano. Este aspecto puede parecer cuestionado por el hecho de que precisamente en estas sociedades las disciplinas psicológicas son lugar común. Pero el ámbito psicológico es un mundo accesible a la ciencia; existe el presupuesto de que sólo es cuestión de tiempo hasta que la ciencia ponga al descubierto todos los niveles del hombre. Hay poca conciencia real de una dimensión mística o espiritual, de un reino del Espíritu, más allá del descubrimiento científico.

La vida monástica en sí es la afirmación profética de las dimensiones más profundas de la existencia humana: cuanto más contemplativo es el modelo, más dramático es el desafío que plantea a una cultura materialista. En muchos aspectos, el medio mo-

nástico va detrás de las mismas metas de salud integral ampliamente difundidas en la sociedad moderna: El horario proporciona un equilibrio de trabajo y descanso, tiempo a solas y en comunidad, solicitud por las necesidades comunes y por el desarrollo del mundo interior de las personas. Pero la meta no es sólo una mejor salud o un trabajo más productivo. Es más bien una búsqueda de unión con Dios desde la totalidad del ser humano. Esta meta puede estar velada allí donde los monjes están comprometidos en un ministerio activo. Su trabajo puede hacer que su vida sea explicable y defendible a los ojos de sus contemporáneos. Pero aunque válidos, los apostolados visibles no explican ni justifican la vida monástica.

El servicio monástico a la humanidad radica en un plano más profundo que se discierne sólo por la fe. Radica en la disponibilidad de los monjes frente a Dios, en la impotencia de niños pequeños manifestada al dedicarse a la oración. Esta disponibilidad también está presente en la dedicación a la Obra de Dios, un Sabbath hecho de tajadas entresacadas del día del monje. El don de la hospitalidad para el presente y el futuro debe estar centrado especialmente en ofrecer al huésped una entrada en esta dimensión espiritual, tanto permaneciendo fielmente consagrados a la vida trascendente como introduciendo a los demás en los misterios de la oración. En medio de un mundo ruidoso y ocupado, nuestros monasterios proporcionan un oasis de silencio para la oración, la introspección, la sanación, las artes creativas, para apreciar el mundo natural y compartir la paz de Dios. Una atmósfera de reverencia frente a los individuos y la paz del silencio, pueden crear un espacio para sanar las divisiones a nivel ecuménico, racial, familiar:

3: *Trabajo y medio ambiente.* El trabajo humano nunca es un fin en sí mismo. El individuo debería tener cosas que hacer, ya que "la ociosidad es enemiga del alma" (48,1), pero no demasiadas: los monjes han de recibir la ayuda que necesitan (53,20). Hay un sistema de recurso cuando las tareas parecen imposibles (68). El que tenga un talento especial es alentado para ejercitarlo, mientras sea para el bien del monje y de la comunidad (57). Pero el trabajo no es un fin en sí mismo. Tiene su lugar en un ritmo saludable dentro de la búsqueda comunitaria y personal de Dios, y debe ser abandonado cuando llega el momento de la oración (48,12).

La primera encíclica social del Papa Juan Pablo II trató sobre el trabajo humano (*Laborem Exercens*, 1981). Los seguidores de San

Benito sienten muy afín a ellos su afirmación de que el trabajador no es una herramienta de producción, sino que en un sentido profundo "es el objeto mismo del trabajo"; la base primaria del valor del trabajo es la persona (nº6). Por medio del trabajo el hombre transforma la naturaleza, pero también es transformado.

Los estudiosos de la Biblia señalan que en Gn 1,26 Dios expresó el deseo de crear al hombre y a la mujer á su imagen y semejanza, e inmediatamente los capacitó para "someter" o "dominar" la creación, haciéndolos participar de este modo de su propio dominio. El verbo utilizado en el v.26 para decir "someter" es *radah* usado también para expresar dominio real (IR 5,4). El pueblo de Dios recibe una participación de su reinado sobre la tierra. En los relatos de la creación de los pueblos vecinos de Israel, los hombres no son colaboradores de los dioses, sino sirvientes o esclavos.

A veces este mandato de "someter la tierra" ha sido llevado a extremos. Nada hay en la enseñanza bíblica que permita una explotación temeraria que agote las riquezas naturales de la tierra. Por el contrario, la tierra debe ser tratada como cualquier buen campesino trata la suya, cosechando sus frutos, pero manteniéndola con un cuidadoso manejo y desarrollando para bien sus potencialidades. El Levítico prescribe un año sabático, para que "la tierra tenga un completo descanso" (25,4).

El espíritu monástico de administración está bien resumido en la admonición hecha al mayordomo para que "mire todos los objetos y bienes del monasterio como si fuesen vasos sagrados del altar" (31,10). Esta es la clave de una actitud más amplia que abarca no sólo los objetos sino el medio ambiente. Los monasterios benedictinos a lo largo de los siglos han mostrado aprecio por el medio ambiente en la elección del lugar y en el uso respetuoso y el desarrollo de los recursos naturales. En la actualidad es aún más necesario permanecer firmes contra las tendencias miopes de desarrollo basadas sólo en el uso y provecho inmediatos.

4. *Las necesidades del mundo.* A la luz del llamado oficial de la Iglesia a la solidaridad, los monjes tal vez deban realizar un esfuerzo más consciente para conectarse con las necesidades del mundo. Sin duda cada monasterio debe mantenerse de algún modo al tanto de los desarrollos que se dan en el gran mundo y en el pequeño mundo en el que están situados: preocuparse por guerras lejanas y por el fracaso de la cosecha local, y responder con la preocupación y el interés apropiados para la ocasión. Cuanto

más desarrollado sea el país, tanto mayor es el peligro de que el monasterio se aisle de las necesidades cotidianas de los pobres, sea a causa de la despersonalización de la sociedad industrial, de los sistemas de asistencia gubernamental o del tamaño y estructura de la comunidad. En mi experiencia, la "opción preferencial por los pobres" se realiza de un modo muy distinto en los monasterios del Primer y del Tercer Mundo.

Los monasterios no necesitan interferir constantemente en los asuntos locales, pero hay un espacio para una cooperación positiva en obras de humanidad y frente a grandes injusticias. Valdría la pena señalar que la tradición primitiva sobre San Benito (en los *Diálogos*) lo describe atento a los intereses fuera del monasterio. En la actualidad los despreciados del tiempo del Evangelio encuentran su equivalente en los nuevos leprosos, tales como las víctimas del SIDA. En este aspecto es alentador recordar que la palabra "cretino" que en inglés y en francés se aplica al mentalmente discapacitado, en la Edad Media era la palabra francesa para "cristiano". Bajo la dirección de la Iglesia la palabra comenzó a ser aplicada a idiotas que eran tratados de modo inhumano, para que su dignidad fuera reconocida y protegida por su mismo nombre. En la actualidad tanto los monjes como los demás cristianos están comprometidos en la protección de los no nacidos, los discapacitados, los ancianos, en rechazar la pena de muerte y la guerra, en trabajar por los derechos humanos a todos sus niveles.

La tragedia de la colonización consiste en que los valores materialistas de las naciones desarrolladas son transmitidos a los países pobres. Las fundaciones monásticas en las naciones nuevas deben estar atentas para no llevar consigo los problemas de su propia cultura, y sobre todo para que la idea romántica sobre sociedades primitivas no los ciegue frente a la necesidad de crítica tanto del nuevo mundo como del viejo. A menudo las aspiraciones de una nación en vías de desarrollo están construidas de acuerdo a los valores y estructuras de las naciones desarrolladas:

Algunos de los esfuerzos de solidaridad del monasterio serán indirectos, otros, directos, como hemos visto en los ejemplos ya citados. Pero a un nivel aún más profundo que los contactos e influencias más indirectos ya mencionados, existe otra expresión de solidaridad, exclusiva de la dimensión contemplativa de la Iglesia, que encuentra su foco principal en la vida monástica.

En 1984 el Arzobispo Desmond Tutu, de Ciudad del Cabo, Sudáfrica, envió un mensaje de agradecimiento a los cristianos del mundo. Expresaba profunda gratitud por sus oraciones en favor de su pueblo sufriente, víctimas de un cruel apartheid.

A veces podemos no tener ganas de rezar porque la oración nos resulta insípida. Hay aridez y Dios parece estar a millas de distancia. Pero como somos fieles decimos a Dios: "Quiero rezar y te ofrezco estos treinta minutos, aunque signifique luchar contra estas incómodas distracciones durante unos minutos".

Y gracias a esa fidelidad alguien en Sudáfrica recibe una sobreabundancia de gracia; inexplicablemente, aparece. Tal vez se encuentra en una celda de confinamiento solitario; tal vez está siendo torturado. Y en lugar de llenarse de odio y amargura es capaz de decir en su corazón: "Estos son hijos de Dios y se están comportando como animales. Nos necesitan para recobrar la humanidad que han perdido".

¿Cómo es esto posible a menos que haya sido llevado por la oración a un estado de gracia?

El Arzobispo Tutu no sólo estaba agradeciendo a las personas que "recordaban a los sudafricanos en sus oraciones". También estaba haciendo una profunda conexión entre la oración personal de los creyentes en todo el mundo y los dones de gracia derramados en Sudáfrica. Estaba agradeciendo no sólo a los que rezaban por su pueblo, sino también a todos los que eran fieles a su oración personal. Hablaba a partir de una convicción del carácter de intercesión de toda oración, comunitaria o personal, vocal o silenciosa, mental o contemplativa. Al hacerlo reiteraba una antigua verdad acerca de la oración, tan fundamental para la tradición monástica, que da una dimensión más profunda al concepto de solidaridad para los monjes.

Cuando Dios me invita a entrar en lo secreto de mi corazón, donde me está esperando, el mundo y sus necesidades parecen quedar lejos. Pero el Dios con el que me encuentro en ese momento sagrado está presente no sólo a mí, sino a toda su creación. Cuando me pongo en su presencia en mi santuario interior, me hago presente a través de Él a todo el mundo y sus necesidades.

Por medio de mi silencioso acto de oración, presento mi estar frente a Dios en total disponibilidad, sin reservas, sin atadura alguna. Existo totalmente para Dios, pero debido a los lazos que Él ha

creado entre todos sus hijos por medio de la Encarnación, existo también totalmente para ellos. Dios puede dejar que mi fe y mi amor sean canal de gracia en cualquier parte que Él quiera. En el silencio de mi corazón llego en verdadera solidaridad a las personas necesitadas de todo el mundo. Sin conocer específicamente esas necesidades, estoy presente a ellas a través de mi total disponibilidad a la obra de Dios a través mío. Por un acto de amor contemplativo, dice *La nube del No-Saber*, toda la humanidad que vive sobre la tierra recibirá ayuda de un modo maravilloso del que ni siquiera eres consciente" (cap.3);

Un amoroso y ciego deseo de Dios solo es más valioso en sí, más agradable a Dios y a los santos, más beneficioso para tu propio crecimiento, y más útil para tus amigos, tanto vivos como difuntos, que cualquier otra cosa que puedas hacer (cap.9).

Dos siglos más tarde San Juan de la Cruz habla del mismo modo: "Un poco de este puro amor es más precioso para Dios y para el alma y más beneficioso para la Iglesia, aun cuando parezca que no haces nada, que todos los trabajos exteriores juntos" (*Cántico espiritual*, 29,2).

El monje basa su vida en la convicción de que hay un mundo invisible más rico detrás de todas las realidades visibles y de que la presencia activa de Dios une todas las cosas de un modo invisible. Como grupo de individuos marcados por la fe; el monasterio puede influir en un gran número de personas en su órbita visible y dirigirse directamente a muchas necesidades y problemas de los hombres. Los críticos de la vida monástica dicen que ayudaríamos aun a más gente —a cientos, e incluso miles— si nos disemináramos por las zonas necesitadas fuera del monasterio. Pero nosotros creemos que nunca podríamos hacer lo que la Iglesia hace indirectamente a través de la oración, dependiendo de los monjes, en la oscuridad de la fe. Nuestro principal don de solidaridad para con los hombres del mundo será permanecer fieles al diario y radical acto de fe llamado oración, a través del cual seremos canales de la gracia y del amor de Dios para millones de desconocidos.

New Subiaco Abbey
Subiaco, Ak 72865
Estados Unidos de América

Traducción: Trinidad Iribarne, o.s.b.
Abadía Gaudium Mariae